

EL PRIMER CENTENARIO

TESTIMONIOS CULTURALES
ARGENTINOS

La década del 10

Coordinación, introducción y panorama
de la década

Oswaldo Pellettieri

Compilación del material y notas

Libertad Alzugaray
Aurelio Palacios
Oswaldo Pellettieri
María Elena Rodríguez
Tulio Stilman



Editorial de la Universidad Nacional del Sur

Primer Centenario. Testimonios culturales argentinos : la década del '10 / Osvaldo Pellettieri ... [et.al.]. - 1a ed. - Bahía Blanca : Universidad Nacional del Sur, 2010. 355 p. ; 21x15 cm.

ISBN 978-987-1648-17-7

1. Historia Argentina. I. Pellettieri, Osvaldo
CDD 982

Fecha de catalogación: 14/07/2010



**Editorial de la
Universidad Nacional del Sur**

E-mail: ediuns@uns.edu.ar



**Red de Editoriales
Universitarias Nacionales**

Imagen de tapa: el primer automóvil, 1904

Diseño y diagramación de tapa: Fabián Luzi

Diagramación interior: marciakillmann@hotmail.com

Tipeado y corrección de textos: Ignacio Uranga y Carolina Baudríz

Todas las ilustraciones utilizadas pertenecen a Revista *El Hogar 1904-1954*.

Número extraordinario en sus Bodas de Oro.

(Gentileza de la Biblioteca de Humanidades- UNS)

Queda hecho el depósito que establece la ley 11723.

© 2010 Ediums

ÍNDICE

Palabras liminares.....	9
Prólogo a la primera edición.....	11
Introducción.....	13
Panorama de la década.....	17
<i>I. EL CENTENARIO.....</i>	<i>25</i>
Atmósfera del Centenario.....	27
El centenario de Mayo.....	30
Entre modas y congresos.....	47
Las muertes.....	51
Características generales del país.....	54
Vivir en Buenos Aires y soñar con París.....	69
Progreso y economía.....	83
El espectáculo.....	90
La música.....	96
La literatura.....	99
La plástica.....	105
El cine, nueva «diversión».....	110
Los deportes.....	117
La historieta.....	133
Crímenes y tragedias.....	137
El Centenario de la Independencia.....	144
<i>II. EL RÉGIMEN. LA LEY SÁENZ PEÑA.....</i>	<i>153</i>
El Partido Radical.....	167
Las elecciones presidenciales de 1910.....	170
La presidencia de Roque Sáenz Peña.....	176
La ley electoral.....	182

Enfermedad y muerte de Sáenz Peña.....	194
Presidencia de Victorino de La Plaza.....	200
Las elecciones presidenciales de 1916.....	205
<i>III. EL RADICALISMO AL PODER.....</i>	<i>211</i>
Del fraude al cuarto oscuro.....	213
Hipólito Yrigoyen, su gobierno.....	217
El socialismo.....	249
La democracia progresista.....	258
<i>IV. LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL.....</i>	<i>265</i>
Los preliminares de la guerra.....	267
Origen y desarrollo del conflicto.....	270
Repercusión en Argentina.....	276
La neutralidad argentina.....	289
Apresamiento del barco «Presidente Mitre».....	292
1917: Año crucial para la neutralidad argentina. Los casos de los buques «Monte Protegido» y «Toro».....	297
Participación de argentinos en la guerra.....	311
El final de la contienda.....	317
<i>V. PANORAMA SOCIAL.....</i>	<i>323</i>
Los «ferrados».....	325
Los «súper rantifusoides».....	334
De éxodos y rebaños.....	343
Los conflictos sociales.....	349
La huelga de los chacareros.....	354
Los conflictos sociales.....	357
La huelga sangrienta.....	365
La revolución rusa.....	398
<i>VI. LA DENOMINADA REFORMA UNIVERSITARIA.....</i>	<i>405</i>
Antecedentes.....	407
El conflicto.....	408
Desenlace del conflicto: triunfo de la reforma.....	424

PALABRAS LIMINARES

El Doctor Osvaldo Pellettieri es Profesor Titular de la cátedra Historia del Teatro Argentino y Latinoamericano en la UBA, Director del Instituto del Arte Argentino y Latinoamericano (UBA) e Investigador de carrera del CONICET.

Es un hombre de teatro en el cabal sentido del término porque juntamente a los diversos reconocimientos académicos por su labor de investigador, se ha consagrado también como premiado director.

Ha sido profesor invitado de las Universidades de Montreal (Canadá), Valencia y Alcalá de Henares (España), Trieste (Italia), Perpignan, Toulouse y Burdeos (Francia), Kansas, Maryland y Catholic of America (Estados Unidos), UNAM y De las Américas (México) Federal de Minas Gerais (Brasil), de la República (Uruguay) y de las Universidades Nacionales de Salta, del Centro de la Provincia de Buenos Aires, de la Patagonia Austral, del Sur, de Cuyo y del Litoral.

En su fecunda trayectoria ha creado el GETEA (Grupo de Estudios de Teatro Argentino e Iberoamericano), a través del cuál organiza los ya consagrados Congresos Internacionales anuales que ya van por su XIX edición. Estos generan un intercambio riquísimo con estudiosos de Europa, Canadá, EEUU, Latinoamérica y la Argentina toda.

Los trabajos más destacados se publican año a año y conforman la Colección Estudios de Teatro Argentino e Iberoamericano, juntamente con la Revista Teatro XXI, amén de las colecciones Teatología y Breviarios de Teatro XXI.

Ha publicado notables volúmenes como *Una historia interrumpida. Teatro Argentino Moderno (1949-1976)*, ensayo que mereció el

Primer Premio Ricardo Rojas –ex Premio Municipal-, o su valioso *El sainete y el Grotesco Criollo: del autor al actor*, pero su labor más ingente ha sido historiar el teatro argentino en Buenos Aires desde sus orígenes a la actualidad (cinco tomos) y emprender lo mismo con el *Teatro Argentino en las Provincias* (tres tomos). Acaba de aparecer su *Diccionario Biográfico Estético del Actor en Buenos Aires* (volumen I) y otros dos ya están en proceso.

Desde la dirección de los grupos de investigadores redactores y de fuentes, hasta la edición de esas obras colectivas, su labor de maestro se agiganta día a día.

Hemos querido celebrar sus treinta años de prolífico magisterio con la nueva edición de un libro que constituye un particularizado trabajo sobre un período germinal de la historia nacional: el primer centenario.

Este volumen lo revela a Pellettieri, ya en 1980, dirigiendo un equipo de investigadores en la búsqueda de testimonios que desde todos los aspectos de la vida social y política, pública y privada, conforman una idea acabada de lo que fue aquella primera década del siglo XX. Para ello, debió realizar una calibrada evaluación de datos y estadísticas y una acuciosa selección de materiales que logran pintar con notable frescura, una época fundamental de nuestra historia.

Con esta reedición del primer volumen de la Colección «Conflictos y Armonías en la Historia Argentina» dirigida por el Dr. Félix Luna, reconocemos también a los investigadores Libertad Alzugaray, Aurelio Palacios, María Elena Rodríguez y Tulio Stilman (fallecido), los que con fichas manuales y en laboriosas jornadas, recorriendo bibliotecas públicas y privadas, hemerotecas y archivos, supieron rescatar estas memorias de la vida argentina.

Dra. Nidia Burgos
Directora de EDIUNS

COMENTARIO A LA PRIMERA EDICIÓN

Oswaldo Pellettieri, ha compuesto un curioso y original *collage*. Para hacerlo ha recurrido a la memoria escrita de la comunidad: diarios, revistas, libros de recuerdos argentinos y extranjeros, estadísticas, documentos oficiales y de entidades diversas, y sobre esta copiosa base ha confeccionado una visión de la década 1910-1920, que en muchos momentos resulta más expresiva y sugerente que cualquier libro de historia sobre el período.

En realidad, la obra de Pellettieri se aproxima a ese tipo de «historia oral» que tanto se ha trabajado en Estados Unidos y Europa, y tan poco en la Argentina. Pero en este volumen lo oral aparece en las transcripciones, que en ocasiones tienen la fugacidad que es la esencia del periodismo, pero también la directa vivencia de lo que se observa y percibe cotidianamente. Este es un libro de fuentes. Ahorra tiempo al investigador y brinda una versión directa y contemporánea de una década decisiva en la vida argentina. Pero además, es un ensayo ejemplar, una experiencia intelectual que abre la posibilidad de ser imitada con referencia a otros lapsos de la historia del país.

Félix Luna

INTRODUCCIÓN

Este ensayo bien podría llamarse *modelo para armar*, porque es esto lo que les proponemos a nuestros lectores- público aficionado al estudio de la historia argentina, estudiantes, especialistas-, etc.

Es bien conocida la absoluta falta de unanimidad y, a veces, la excesiva subjetividad de la que hacen gala algunos de nuestros historiadores. Si bien todos sabemos que la historia es una ciencia de la cultura, y que por lo tanto, en ella, un mínimo de subjetividad resulta inevitable, debido a la cercanía de su objeto con el hombre, no se podrá negar que un partidismo mal entendido hace que, muchas veces, la interpretación llegue a oscurecer el contenido de los testimonios.

Nuestra tarea estuvo signada por la intención de evitar- en la medida que nos fue posible- este vicio nacional.

Anima a este volumen el espíritu de hacer hablar a los propios protagonistas de la historia nacional, y que sea el propio lector quien «arme», es decir, quien interprete los sucesos.

Hemos encarado el trabajo temáticamente, es decir hemos privilegiado los siguientes ítems dentro de la década:

1. El Centenario.
2. El Régimen, la Ley Sáenz Peña.
3. El Radicalismo al poder.
4. La Gran Guerra.
5. Panorama Social.
6. La denominada Reforma Universitaria.

Llegamos a esta distribución temática luego de recopilar un numeroso material en fichas sobre las siguientes fuentes:

1. Los periódicos y las revistas de la década.

2. El ensayo de la década, o bien el realizado en las décadas posteriores pero que se refería directamente al período 1910-1920. Hemos preferido el género de la autobiografía- Ibarguren, Cárcano, etc- no sólo por tener el género una larga tradición nacional, sino especialmente porque pensamos con Kart Mannhein que: «La historia de la autobiografía, es [...] una de las fuentes de información más valiosas; en primer lugar e indirectamente podemos observar de qué naturaleza eran en el pasado las actitudes de los hombres, de qué modo y para qué fines se observaban a sí mismos; además, podemos ver cómo las distintas situaciones sociales e históricas han favorecido distintas formas de personalidad, y cómo estas distintas formas de actitudes introspectivas desempeñan inconscientemente ciertas funciones sociales».

3. La ficción literaria de la década- poesía, cuento, novela, teatro-. Y, como en el caso del ensayo, obras literarias compuestas en décadas posteriores pero ambientadas en la década que nos ocupa. Es de hacer notar que en este caso importó menos el valor estético de las obras que su valor testimonial.

Estos cuatro tipos de fuentes testimoniales nos proporcionaron un panorama bastante completo de la década, pero que no pretende -de ninguna manera- ser exhaustivo.

La labor posterior consistió en ordenar el material de la manera más amena posible, limitándonos a «unir» los distintos testimonios, mediante comentarios lo más sucintos y menos subjetivos que nos fue dable lograr.

Quizá se nos pueda reprochar que nuestro intento no elude tampoco la subjetividad, ya que la elección del material que damos a conocer es el resultado de una selección de los textos que recopilamos y que, seguramente, hubo fuentes que dejamos de lado o que simplemente desconocemos. Esto puede ser cierto. Sin embargo, estaremos satisfechos si conseguimos atenuar en algo la subjetividad. Esto per-

mitirá que el lector se convierta en el propio «historiador» del copioso material que ponemos a su disposición.

Para terminar, un consejo al paciente lector, que no es nuestro, si no de una de las figuras más notables de la historiografía universal, Mark Bloch: «[...] los textos o los documentos [...], aún los más claros en apariencia, y los más complacientes no hablan sino cuando se sabe interrogarlos [...] Una palabra domina e ilumina nuestros estudios: comprender [...] No comprendemos nunca bastante [...] A condición de renunciar a sus falsos aires de arcángel, la historia debe ayudarnos a salir de este mal paso. Es una vasta experiencia de las variedades humanas, un largo encuentro entre los hombres. Tanto la vida como la ciencia tienen el mayor interés en que este encuentro sea fraternal.»

Oswaldo Pellettieri

PANORAMA DE LA DÉCADA

Al comenzar el período histórico que nos ocupa en pleno festejo del Centenario de la Revolución de Mayo, el país se hallaba en el pináculo de su poderío económico. Luego de largos años de penurias, y merced al famoso «proyecto del ochenta», la Nación había logrado una casi increíble prosperidad de la cual se jactaban los gobernantes.

Si bien resultaba evidente que la riqueza no estaba distribuida equitativamente, un optimismo casi total poseía, sobre todo, a los habitantes de las ciudades del litoral del Río de la Plata.

Salvo una notoria minoría, compuesta por anarquistas y maximalistas, todo el mundo creía que la Argentina era un país dotado por las mayores gracias que Dios podía dispensar a los mortales. El progreso no iba a ser detenido por nadie, ya que nuestra riqueza, la amplitud de un país con todos los climas posibles y con una población predominantemente «europea» garantizaban una ascensión sin pausas. Los intelectuales se encargaban de poner énfasis a este optimismo, desde José Ingenieros, quien en su *Sociología* saludaba la evolución del «crisol de razas», nombre con el que había identificado a la Argentina, hasta Joaquín V. González, que repuesto de la nostalgia de *Mis montañas*, auguraba en *Política espiritual* un futuro idílico para el país: «Una patria del futuro vivirá sin divisiones, sin diferencias, sin rivalidades, sin rencores, sin envidias, sin tiranos, sin siervos ni preferidos, sin menospreciados, porque todos serán gajos del olivo, brazos del mismo raudal».

Mientras la pampa húmeda se poblaba de animales de «pedigree», Buenos Aires se había convertido en una desproporcionada colmena humana. La «gran aldea» había quedado definitivamente atrás,

había sucumbido en manos de la electricidad, los tranvías, el puerto que todavía continuaba trayendo grandes contingentes de inmigrantes- y tantas cosas más. La Avenida de Mayo había abierto la ciudad al automóvil y las ansias de volar, que siempre habían conmovido al hombre, podían ya ser saciadas.

Gran parte del cambio se debía a la ya nombrada inmigración. Si se tiene en cuenta que la población de Buenos Aires era en 1852 de 85.000 habitantes y que el censo de 1909 arrojó la cifra de 1.224.000 pobladores, siendo prácticamente la mitad extranjeros, se podrá tener una idea del cambio cuantitativo que sufrió la ciudad y también el país. Esto trajo, como no podía ser de otra manera, un cambio cualitativo. Cerca de la mitad de los inmigrantes permaneció en Buenos Aires. No precisamente porque lo desearan así, como muchas veces se ha expresado. En el momento de auge de la inmigración, entre 1880 y 1890, habían entrado al país de 100.000 a 200.000 extranjeros por año, que supuestamente iban a ser absorbidos por el agro, pero la estructura rural argentina no lo permitió. Ante esta situación, aquellos se vieron sin tierras para explotar y sin instrumentos de labranza para cultivarlas. Si bien se crearon colonias agrarias, éstas no pudieron absorber, ni mucho menos, la masa inmigratoria. Entonces pasó lo ya conocido por todos: debieron permanecer en las ciudades- Buenos Aires y Rosario, sobre todo-. Al principio tuvieron que vivir en condiciones infrahumanas- en casas precarias o en conventillos- y ejercer los oficios más elementales, pero durante la década que nos ocupa ya se habían integrado al país- en especial los italianos y los españoles-. Aquí tienen a sus hijos, que se reconocen como argentinos, y poco a poco los barrios de Buenos Aires comienzan a tomar forma. Finalmente pasan a integrar en gran parte la naciente clase media, que, con el voto de sus hijos, dará el triunfo a Yrigoyen en la elección que lo llevará al poder en 1916.

Pero, cabría preguntarse ahora, ¿cuál fue el motivo principal del poderío económico del país al comenzar la década y que al avanzar la misma se iba a diluir poco a poco arrastrando consigo los sueños de un progreso irrefrenable?

Habría que remontarse cuarenta años atrás para rastrear sus orígenes, ya que en la década del sesenta y comienzos de la del ochenta la actividad económica era todavía muy pobre. A pesar de que habían transcurrido más de veinte años de la caída del gobierno de Juan Manuel de Rosas, el país seguía estancado en los métodos comerciales que habían caracterizado su gobierno. Sin duda, internamente, la falta de población seguía siendo un obstáculo insalvable para la formación de un auténtico circuito de consumidores. En cuanto al comercio exterior, la realidad no era tampoco brillante, ya que se reducía a cueros y lanas, siendo su demanda bastante reducida.

A pesar de que habían ocurrido hechos fundamentales para la consolidación de la República como nación- la unidad nacional, la aprobación del Código Civil, el trazado de una red ferroviaria- y que luego en el 80' se iba a producir la federalización de Buenos Aires, que terminaría con los enfrentamientos entre porteños y provincianos, el país no lograba concretar un despegue desde el punto de vista económico.

La evolución y el cambio de países que regían el comercio internacional iban a ser la clave de la ascensión comercial argentina y de su posterior bancarrota. A fin del siglo anterior y durante los primeros quince años del siglo veinte Gran Bretaña era la nación clave del intercambio internacional. Por las características propias de su suelo y su clima necesitaba de la producción agropecuaria y ganadera de otros países más amplios y fértiles. Uno de esos países fue la Argentina. De esta manera comienzan las inversiones británicas en nuestro país, en los rubros bancos, ferrocarriles, y frigoríficos. De esta manera el intercambio entre los sectores industriales ingleses y los ganaderos y agropecuarios de la Argentina se hizo fluido. Como el circuito estaba completo, nuestro país descuidó el sector industrial, no se promovió la manufactura nacional. Esta falta de previsión fue advertida en 1909 por el ministro de Relaciones Exteriores argentino, doctor Estanislao S. Zeballos: «La constitución escrita en 1853 ha fracasado en su aplicación; y desde la Independencia hasta el desarrollo normal de la vida institucional, todo está comprometido. ¡No nos halaguemos exageradamente con el esplendor de los palacios de oro que custodian

nuestros soldados, como reservas de las emisiones y de los bancos! ¡No basta ser ricos cuando existe el peligro de que dentro de ese oro, como en las talegas de las satrapías orientales, fermenten los gérmenes del dolor, de la desventura y de la ruina y nos falten aptitudes y previsiones para prevenirlos!».

Y la circunstancia que advertía Zeballos se produjo. En 1913, y durante el gobierno de Roque Sáenz Peña, nuestro intercambio comercial alcanza sus toques máximos: 1.015.383.105 pesos oro. La renta nacional, que en 1870 era de \$14.883.000, en 1910 es de \$113.094.000, y el ingreso *per capita* que había sido de 7,8 pesos oro pasa a ser en 1910 de 19,7 pesos oro.

Pero a partir del año siguiente, dos hechos van a hacer decaer progresivamente nuestro comercio y, por ende, nuestro bienestar: Estados Unidos reemplaza a Gran Bretaña en la vanguardia del comercio internacional y paralelamente estalla en Europa la Primera Guerra Mundial.

Estados Unidos, país de gran producción agropecuaria, estaba lejos de necesitar la nuestra, y el comercio exterior en Argentina comenzó a decaer. «El Movimiento de intercambio [...] se reduce en 1914 a 621.000, al año siguiente alcanza a 781.000, y en 1916 disminuye hasta 761.000. La baja en las importaciones es notable: de casi 500 millones de pesos oro en 1913, se reduce a 272 en 1914, baja a 116 en 1915 y a 217 en 1916. También las exportaciones disminuyen, sin perjuicio de la colosal demanda; desde comienzos de la contienda sólo el ejército alemán en campaña consume semanalmente 30.000 toneladas de pan [...]. Pero las necesidades bélicas y las consiguientes órdenes de compra que llegan a la Argentina con recomendación de urgencia, se frenan por la dramática escasez de bodegas como consecuencia de la guerra en el mar. En 1913 las exportaciones han representado 519 millones de pesos oro; al año siguiente, a pesar de los pedidos, sólo alcanzan a 349, subiendo a 558 en 1915, para bajar a 549 en 1916. Paralelamente a partir de 1915 comienzan a egresar contingentes de inmigrantes cada vez mayores para servir a los ejércitos de sus respectivos países, al tiempo que se paraliza el hasta enton-

ces creciente alud inmigratorio, con el consiguiente déficit de brazos experimentados para la agricultura y la incipiente industria».

«La repentina merma de las importaciones, sumada a las necesidades y previsiones bélicas de las potencias combatientes, repercute de inmediato: la escasez cada día mayor de carbón, aceros y otros materiales indispensables para el funcionamiento de los ferrocarriles, los talleres y las fábricas, con lo cual disminuyen las fuentes de trabajo y se agrava el problema de la desocupación como resultado de la perturbación económica enanada al deterioro del comercio exterior».¹

Pero mientras duró el optimismo de la segunda década del siglo, tuvo un impulso muy grande el arte nacional- como se podrá apreciar en el trabajo que presentamos a continuación- y, sobre todo, la literatura. Es así que luego de cuatro décadas de olvido del «público culto», el *Martín Fierro* de José Hernández, a instancias de Leopoldo Lugones y de Ricardo Rojas, se convierte, poco a poco, en el paradigma de la literatura argentina. Pero esto no es todo; hacia 1913, el mismo Rojas crea la cátedra de Literatura Argentina en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Buenos Aires. Se institucionaliza la existencia entonces de una literatura nacional, que se complementaría años más tarde con su inclusión como materia obligatoria en la enseñanza media.

Por iniciativa también de Ricardo Rojas aparece en 1916 LA BIBLIOTECA ARGENTINA, colección dedicada a difundir a nuestros mejores escritores. Por entonces, ya comienzan los autores argentinos a ser «felices vendedores de éxitos». Es el caso de Gustavo Martínez Zuviría, quien llegó a vender grandes cantidades de sus folletines, y *Nacha Regules* de Manuel Gálvez tuvo cuatro ediciones de tres mil cada una en el año de su aparición.

Es de hacer notar que el reconocimiento oficial de la literatura nacional, la creación de colecciones con obras de autores argentinos, la aparición de nuevos diarios y revistas y de nuevas formas de expre-

¹ En *Crónica Argentina*, No. 71, Editorial Codex, agosto de 1969.

sión popular como el tango canción, coinciden con la consolidación de la joven clase media argentina. Y van a ser los hijos de esa clase media quienes darán impulso a los nuevos deportes y a hacer evolucionar a los viejos, creando nuevas diversiones en la vida del argentino y, finalmente, en 1918, llegados a la Universidad, impulsarán la llamada Reforma Universitaria.

Con relación al panorama social, es evidente que las clases sociales en este período estaban bastante estratificadas. Existía una clase obrera de origen inmigratorio en las ciudades y un campesinado autóctono, una clase media, compuesta por inmigrantes y sus hijos argentinos, existente tanto en el área ciudadana, como en la rural. Los pocos industriales eran predominantemente extranjeros y, finalmente, en la cúspide de la pirámide social, una clase terrateniente de origen hispánico.

Políticamente, al comenzar la década se asiste a gobiernos conservadores, con una oposición permitida del mismo tipo. El «abstencionismo revolucionario» de la U.C.R., debido al fraude de los conservadores, termina con la famosa Ley Sáenz Peña que lleva al poder al jefe del movimiento radical Hipólito Yrigoyen. Los socialistas, desde principios de siglo, batallaban en el ámbito político nacional, con bastante éxito sobre todo en las ciudades del litoral. A mediados de la década se agregará un partido más a la lucha política, el Demócrata Progresista, encabezado por Lisandro de la Torre.

La actividad gremial estaba copada por los anarquistas y los socialistas, agrupaciones en pugna constante que trataban de captar el mayor número de trabajadores. En cuanto a las relaciones de trabajo, se puede decir que era el ámbito nacional donde se podían captar las mayores tensiones. A pesar de las ya citadas divisiones políticas de los asalariados, cada vez eran mayores los conflictos y las huelgas. Tanto es así que en el primer año de la década el gobierno debió declarar el estado de sitio. Y a medida que avanzamos en el período que nos ocupa las tensiones y las revueltas obreras y campesinas se harán periódicas. Los nombres del Grito de Alcorta de 1912 y la Semana Trágica de 1919 nos eximen de todo comentario.

Por todo esto, el tiempo que nos ocupa resulta germinal para la Argentina posterior: estaba naciendo un nuevo país. Los desajustes del llamado «Proyecto del ochenta», que al comenzar la década eran apenas evidentes, a fines de 1919 mostraban su agotamiento, debido a que habían desaparecido las condiciones sociopolíticas que lo habían hecho viable.

Sin embargo, a pesar de todo, pujante e irracionalmente, el país seguía avanzando y lo hacía al ritmo del cambio mundial. Había ocurrido la primera guerra mundial, cuatro años de lucha terrible que quebraron- o por lo menos hicieron tambalear- todos los esquemas sociales, políticos, científicos y hasta artísticos de Occidente. Europa, la mentora, estaba en plena crisis y aquí el gobierno radical de Hipólito Yrigoyen- a pesar de sus errores- representaba una nueva manera de entender el país. Se vivían nuevos tiempos, aunque algunos pocos ya vislumbraban la decepción del '30.

Oswaldo Pellettieri